



Boletín de Antropología Universidad de Antioquia

ISSN: 0120-2510

bolant@antares.udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Rodríguez Jiménez, Nadia Margarita

La etnografía como herramienta en los proyectos de intervención social para el desarrollo

Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 27, núm. 44, 2012, pp. 223-253

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55726909012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# La etnografía como herramienta en los proyectos de intervención social para el desarrollo

Nadia Margarita Rodríguez Jiménez

Docente e investigadora en la Universidad del Rosario

Dirección electrónica: [nadia.rodriguez@urosario.edu.co](mailto:nadia.rodriguez@urosario.edu.co)

Rodríguez Jiménez, Nadia Margarita (2012). "La etnografía como herramienta en los proyectos de intervención social para el desarrollo". En *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 27, N.º 44, pp. 223-253. Texto recibido: 15/05/2012; aprobación final: 16/10/2012.

**Resumen.** Este artículo propone una reflexión sobre el interés que existe en la articulación de la investigación aplicada y más precisamente, de las intervenciones para el desarrollo con la investigación académica. Para ello nos servimos de un caso concreto que combinó las dos vertientes, usando la etnográfica como herramienta de intervención y como instrumento de evaluación de la misma. El ejemplo quiere mostrar la utilidad del uso de la etnografía en intervenciones para el desarrollo, al mismo tiempo que es un escenario privilegiado para la antropología del desarrollo y para analizar y evaluar desde dentro las intervenciones. También se trata de una invitación a reflexionar sobre lo que significa que sean antropólogos quienes participen en los proyectos de intervención y las implicaciones que esto tiene en la razón de ser de la disciplina que, desde sus orígenes en Colombia, ha estado comprometida con la práctica, los grupos étnicos y los movimientos sociales.

*Palabras clave:* etnografía, investigación aplicada, desarrollo.

## Ethnography as a tool in social intervention projects for development

**Abstract.** This paper proposes a reflection on the interest to joint applied research (specifically interventions for development) with academic research. For this purpose we use a specific case that combined both, using ethnography as an intervention tool and as an assessment tool of that intervention. This example aims to show how, conducting ethnography in development interventions can be of great help while, at the same time, it is a privileged stage for the anthropology of development and for analyzing and evaluating interventions from within. It is also an invitation to reflect on the significance of anthropologists participating in intervention projects and the implications this has on the reason to be

for a discipline that, since its origins in Colombia, has been committed to practice, ethnic groups and social movements.

*Keywords:* ethnography, applied research, development.

## Introducción

Uno de los campos que más antropólogos y sociólogos viene captando es el de la investigación aplicada; la razón estriba en que ambas disciplinas, casi desde sus orígenes, se han visto involucradas ya sea en proyectos de desarrollo, o apoyando procesos de transformación en comunidades. El hecho de que esta tendencia vaya en aumento, ha llevado a modificar significativamente sus campos prácticos y epistemológicos, confrontándolos con nuevas discusiones sobre sus límites y las posturas de los investigadores ante las realidades que estudian. Sin embargo, persiste una tensión entre la investigación aplicada y la académica cuyo origen radica en un aparente desencuentro. Este último se produce porque muchas veces la perspectiva crítica de la investigación académica ha considerado a la aplicada como poco rigurosa y sin sustento teórico-metodológico (Fals Borda, 1998: 100); y por su parte, los profesionales de las ciencias sociales involucrados en el mundo de la intervención, han estado poco interesados en entrar a la discusión o en someter sus aportes a debates científicos. Como consecuencia, nos encontramos ante un aparente desencuentro entre ambas modalidades de la investigación, que ninguna de las dos parece interesada en solventar.

Para el caso colombiano y por más que antropología y sociología nacieran en nuestro país como disciplinas comprometidas con la transformación de lo social (Vasco, 2007; Uribe, 2005; Cataño, 1986; Quilez, 2007), la relación entre análisis e intervención, ampliamente tratada en el mundo académico, no ha sido estudiada con la debida profundidad.

El objetivo de este artículo es mostrar que en la antropología puede coexistir una relación estrecha entre estas dos dimensiones. Para ello nos basamos en una experiencia<sup>1</sup> práctica, que articuló ambas vertientes de la investigación social. En ella la etnografía fungió como eje analítico entre la investigación académica y la intervención, con doble función: como instrumento metodológico para desarrollar la intervención; y como herramienta reflexiva sobre la misma. Si bien esta investigación se desarrolló en Costa Rica, creemos que aporta elementos interesantes para el debate en el contexto de la antropología colombiana, ya que ambas modalidades de la investigación no solo no son opuestas, sino que además, rara vez los investigadores se sitúan de forma definida en uno u otro polo. Además, es una realidad que

---

1 El caso ilustra algunos de los resultados de una investigación adelantada en Costa Rica como disertación doctoral sobre la participación de las organizaciones de productores agrícolas en un dispositivo de intervención (Rodríguez, 2006).

la antropología del desarrollo cada vez involucra más a los investigadores en estas prácticas no solo como críticos observadores, sino como actores e incluso como gestores de la intervención.

## **Puntos de partida: investigación aplicada y académica en Colombia y la propuesta etnográfica**

### ***Investigación aplicada y la investigación académica en Colombia: breve análisis de una tradición antropológica***

Paso previo a desarrollar nuestro estudio de caso, nos detendremos brevemente en el contexto colombiano. Como punto de partida podemos decir que las ciencias sociales —y la antropología no es una excepción—, tienden hoy a situarse en los dos posibles campos de la investigación: la aplicada y la académica. Mientras la académica está determinada por una ambición comprensiva; la aplicada busca dar un paso más allá, incitando procesos transformadores. Pero entre estas dos posturas diferenciadas surgen multiplicidad de categorías intermedias, como pueden ser, la investigación fundamental estratégica (Lammerink y Wolffers, 1998), la antropología y sociología pública (Borofsky, 2004; Burawoy, 2005), o la investigación implicada (Fassin, 1998). Es en el corazón del surgimiento de estas categorías intermedias, donde residiría la ausencia de consenso y claridad sobre la supuesta existencia de campos diferenciados de la investigación social. Los autores que defienden estas posturas reconocen que un mismo investigador pasa por varias posiciones en su trayectoria profesional, que van, del trabajo en centros de investigación o universidades, hasta trabajos comprometidos en el seno de las comunidades que estudian (Borofsky, 2004; Burawoy, 2005; Fassin, 1998).

Si por un lado, la investigación aplicada carga con la imagen de ser poco rigurosa teóricamente y de venderse a la demanda de unos clientes; por el otro, los investigadores de la “práctica” insisten en el carácter distanciado y poco comprometido de la investigación académica (Fals Borda, 1988). Estos estereotipos se basan en falsas oposiciones que ven, por un lado, a la investigación aplicada carente de dimensión teórica, analítica y crítica; y, por otro, una investigación académica sin una dimensión empírica cuando la realidad de ambas facetas de la investigación, es diametralmente distinta. Esto, no significa que los estereotipos carezcan de sustento, pero sí que su radicalidad se ve erosionada: hay intervenciones que se hacen a la demanda, con poco tiempo para desarrollar la dimensión reflexiva, lo que no significa que esta no se pueda llevar a cabo, y, por su parte, los investigadores académicos son conscientes de su aislamiento y es precisamente este convencimiento el que termina promoviendo las propuestas de la antropología y la sociología pública de Robert Borofsky (2004) y de Michael Burawoy (2005), respectivamente, entendiendo que la

investigación social no puede ser tal sin un componente reflexivo y un componente empírico; aunque se articulen de diferentes maneras (Ortner, 1994). Los mencionados planteamientos marcan su énfasis en los públicos a los que las investigaciones deben dirigirse y, de alguna manera, rendir cuentas, sabiendo que estos quedan fuera del ámbito académico lo que por definición los desmarca de la investigación académica. Borofsky, en el marco de la antropología pública, viene a decirnos que “se trata de una antropología comprometida en la intersección de la teoría y la práctica, de las preocupaciones intelectuales y éticas, de lo global y lo local [...] su objetivo es exponer la dinámica privada y pública a la limpieza antiséptica de la luz pública en las sociedades democráticas” (2004: 5), sometiendo así a debate público y crítico a la intervención fruto de la investigación aplicada. Sin embargo estas propuestas tienden a fragmentar y compartimentar aún más el panorama de la investigación social; cuando el interés radica en tender puentes entre aquellas investigaciones que transforman y aquellas que profundizan críticamente para la construcción de nuevos conocimientos.

Las relaciones entre teoría y práctica y reflexividad y compromiso, tienen historias propia en las diferentes tradiciones disciplinarias y vienen determinadas por el contexto en el que surgen. Para el caso de la antropología colombiana, esta relación ha estado marcada por sus propias particularidades. La primera de ellas es que la disciplina surge dentro de “una comunidad concreta”, de una veintena de investigadores limitada bajo la tutela del mismo maestro en el instituto de etnografía dirigido por Paul Rivet (Uribe, 2005: 73,75). Varios de ellos fueron los fundadores de los primeros programas de antropología en el país, pero rápidamente surgió también allí una segunda corriente, que F. Correa denomina “el indigenismo estatal”, que vino a incursionar en la antropología aplicada, apoyando a grupos indígenas en sus luchas reivindicativas (Correa, 2006: 18; Caviedes, 2004; Jimeno, 2007). Estas dos corrientes, una en las universidades y en el instituto de etnografía —hoy ICANH—, y la otra, asentada en la oficina de asuntos indígenas, muestran que, si bien quienes optaron por consolidar una propuesta académica estaban convencidos de la importancia de dotar a la disciplina de un estatus científico, terminaban formando en los pregrados a los antropólogos que incursionarían en el otro ámbito, constituyendo a la antropología en un campo profesional más ligado a la acción que a la investigación (Jimeno, 2007: 12). Esta característica se va a mantener hasta épocas muy recientes, ya que solo hasta la última década aparecen en las universidades colombianas las primeras maestrías en la disciplina, donde realmente se empiezan a formar investigadores académicos (Uribe, 2005).

El debate fue álgido y tenso en el seno de la disciplina. Un ejemplo de ello fue la renuncia de Gerardo Reichel Dolmatoff en el 68 al Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, provocada por protestas de los estudiantes que consideraban la formación científica como “alejada de cualquier compromiso

con la realidad nacional” (Langebaek, 2005: 157 y Jimeno, 2007: 19). Estos hechos permitirán que las dos corrientes se afiancen; por una parte, con la fundación de los programas tradicionales de antropología (Universidad de los Andes (1963), Nacional (1966), de Antioquia (1966) y del Cauca (1970)); y por otra, tal y como afirman algunos autores, el quehacer antropológico de estos periodos fue sobre todo militante y apócrifo, más influido por los avatares nacionales que por las tendencias epistemológicas de otras latitudes (Caviedes, 2004). El debate ocupó un lugar preponderante en el seno mismo de las facultades y programas recién fundados, pues fue allí donde se “esgrimieron críticas a la antropología aplicada del indigenismo estatal, desde el análisis de la dependencia, el neocolonialismo, el colonialismo interno y el imperialismo” (Correa, 2006: 21), al mismo tiempo que se pensaba en un ejercicio profesional que “no puede mirarse solamente como una abstracción intelectual o como una simple herramienta de trabajo, sino que debe atenerse a la doble función de conocimiento y transformación del país. Conocimiento y transformación que en manera alguna pueden pensarse como entidades separadas o como procesos divorciados, sino como una totalidad integrada de reflexión dialéctica” (Valencia, 1967, citado por Correa, 2006: 24). Las posiciones muestran cómo la disciplina se debate para finalmente consolidarse en los dos campos. Como lo afirman algunos autores, este no fue un camino sencillo puesto que, a finales de la década del 70 y durante la del 80, existieron algunas formas de persecución a la antropología más comprometida que, sin duda, limitaron el avance de esta postura (Pineda, 1984: 241).

A pesar de las tensiones internas, en los 90 la antropología aparece como una disciplina fortalecida y afianzada en ambas partes del espectro. Si la academia se transformó alineándose con corrientes europeas y anglosajonas, aceptando el giro etnográfico y abriéndose a nuevos debates, paradigmas y temas de estudio; por el otro lado, hubo un intenso compromiso con los diferentes sectores sociales (indígenas —negros sobre todo—, pero también campesinos, pobres, mujeres, etc.):

[...] fueron más allá. No sólo acompañaron las organizaciones y la movilización social sino que se ingeniaron procedimientos para la construcción de conocimientos colectivos, incluyendo a los intelectuales y sectores populares que los producían para la actuación conjunta que debía conducir a la radical transformación de las asimétricas relaciones sociales (Correa, 2006: 35).

Fueron por consiguiente protagonistas, al tiempo que daban cuenta de los procesos de reconocimiento de las minorías, de la reetnización y la reconfiguración sociocultural; y, cabría señalar, en este sentido, que la antropología colombiana, debido a las exigencias propias del entorno y de sus condiciones en un país periférico y multidiverso, tradicionalmente ha logrado vincular la producción de conocimientos con la dinámica social.

Aunque algunos antropólogos se hayan debatido o posicionado en ambas posturas, como lo reconoce el profesor Luis Guillermo Vasco (2007), la separación existe. Así lo sostiene Miriam Jimeno afirmando que son muchas: “las posiciones y discusiones cuya marca principal es el límite [sic] borroso entre la práctica de la antropología como disciplina y la acción como ciudadanos” (Jimeno, 2007: 12). Así unos y otros reconocen la existencia de dos campos y los antropólogos profesionales no son reconocidos ni se reconocen como una misma comunidad con aquellos que hacen investigación académica (Uribe, 2005; Langebaek, 2005; Giraldo, 2005; Correa, 2006; Vasco, 2007 y Uribe y Restrepo, 2000). La antropología encarna en ella misma el debate con una academia que cumple cada vez más a cabalidad con los lineamientos de la investigación científica, pero formando a los cientos<sup>2</sup> de egresados que ingresan al mundo laboral de la intervención. En este sentido, nuestra contribución al debate es reconocerle a la investigación aplicada su estatus de investigación social, resaltando la capacidad reflexiva de estos profesionales egresados de los pregrados de Antropología, adquirida a través de su formación en investigación. Pretendemos señalar que cuando un antropólogo incursiona en el campo de la investigación aplicada, lo hace con la caja de herramientas de la investigación académica dando excelentes resultados para los dos fines. Para ello nos valdremos de una experiencia circunscrita a la antropología del desarrollo, en la que se utilizó la etnografía.

### ***Tres ejes para una aproximación etnográfica***

La metodología por excelencia de la investigación antropológica sigue siendo la etnografía; y las implicaciones derivadas de su mirada reflexiva sobre esta. Desde los primeros usos del método etnográfico, hasta las más recientes miradas de la etnografía como diálogo (Clifford, 1995), o como género literario (Clifford y Marcus, 1991), pasando por las etnografías multisituadas (Ceffaï, 2010) y las colaborativas (Lassiter, 2005; Rappaport, 2007), la etnografía ha sido repensada, rescatada y reubicada ante distintos propósitos, manteniendo siempre una mirada privilegiada de la realidad social.

Para esta discusión, vamos a resaltar tres perspectivas que nos parecen claves del uso de la etnografía aplicada al desarrollo: a) rescatando aspectos tradicionales del método etnográfico; b) admitiendo la posibilidad de instrumentalizarse para la transfor-

---

2 “Tan solo la sede de Bogotá de la Universidad Nacional de Colombia cuenta con mil egresados [...] los profesionales están por todo el país, se adentran hasta lo más remoto de los territorios en barrios, comunas urbanas, trabajando para organizaciones no gubernamentales, algunos de las propias comunidades, mientras otros lo hacen en instituciones oficiales” (Jimeno, 2007: 14).

mación de la sociedad —esbozados por el profesor Vasco (2007)—, y c) resaltándola como mecanismo de reflexión sobre la intervención, para lo que nos serviremos de la experiencia de D. Mosse (2003, 2006).

### Aspectos tradicionales del método etnográfico

Partiremos de una definición tradicional que busca resaltar el valor interpretativo del método. Desde la propuesta de la descripción densa de Geertz, la etnografía no es solo un instrumento de recolección de datos, sino una herramienta analítica de la complejidad de los fenómenos sociales que se describen, o “una ciencia interpretativa en busca de significados” (2001: 20). No es una observación, sino un ejercicio interpretativo que esta desencadena. Pero esto solo es posible cuando el etnógrafo conoce en profundidad el contexto y la realidad descrita; implicándose tanto con el medio como con los actores. Es decir, se hace necesaria una experiencia extensa en el tiempo y compleja en sus funciones, que van desde saber ganarse la confianza, hasta una toma de notas tan precisa que permita reproducir la realidad en su complejidad (Cefaï, 2010: 7-12). Como resultado —y de forma natural—, se establece entre el investigador y su campo de estudio un grado de compromiso y relación que ningún otro método de investigación genera. Asentada esta relación entre el investigador y lo investigado, hay que admitir la influencia y la capacidad transformadoras de uno sobre otro. Por otra parte, la etnografía no es más que una interpretación entre muchas (Clifford, 1995: 29) y, por lo tanto, también puede ser contestada.

Así pues, las características principales de la observación etnográfica —y las que la convierten en ese instrumento privilegiado que mencionábamos— son la acción y la interacción entre los individuos. Estas son necesarias para poder analizar las prácticas y el discurso de los actores, así como las fracturas entre las primeras y el segundo. Y como punto de fondo, la pragmática realidad es que, en el estudio de los intercambios en el contexto del desarrollo, no es suficiente un análisis de la ideología y los discursos, sino que por medio de la etnografía se puede desentrañar la naturaleza de los regímenes de representación que se encarnan en las prácticas (Escobar, 1996).

### Como instrumento para la transformación social

Acudiendo a la obra del profesor Vasco (2007), se puede decir que la ciencia y la investigación no pueden ser un fin en sí mismas, si estas no tienen por objetivo la transformación de la sociedad. Para él la etnografía debe ser solidaria y comprometida con los movimientos sociales, al tiempo que la erige como herramienta para recuperar “la historia y la cosmovisión de una cultura”. De esta concepción



se derivan tres aspectos o compromisos fundamentales, a saber: i) Compromiso de colaboración; referido a la responsabilidad de la etnografía, que, lejos de servir para dominar, debe dar luces que permitan a los actores descritos emanciparse y fortalecerse; ii) compromiso de transformación; aludiendo al deber de incidir en la transformación de la realidad que se observa, sin que esto cuestione el carácter científico de sus resultados; iii) compromiso de integración: en el sentido de que el antropólogo no es un simple observador más, sino que, al zambullirse en el mundo que estudia, termina formando parte de él (Vasco, 2007: 20-22).

### La etnografía como mecanismo de reflexión sobre la intervención

Queremos también resaltar el carácter reflexivo y —si se quiere— evaluativo,<sup>3</sup> que puede tener una etnografía en el contexto de un proyecto de desarrollo. Mosse (2003, 2006) narra su experiencia, que es la de otros muchos antropólogos ingresados desde la década del 80 en el campo de la intervención para el desarrollo, resaltando las nuevas obligaciones profesionales que surgen en este campo profesional; pero va más allá al referirse a cómo “[...] comienzan también a contribuir a un creciente cuerpo de información privilegiada etnográfica de las organizaciones y las políticas públicas” (Mosse, 2006: 936). No se nos escapa, de estas notas, que la etnografía deja de ser un ejercicio de reflexión o interpretación individual, para convertirse en un instrumento político y a la vez transformador de ciertas prácticas; y que conlleva dos dimensiones: una primera epistemológica, pues implica hacer etnografía no ya de la alteridad, sino de la mismidad (Uribe y Restrepo, 2000) como observador privilegiado haciendo parte del estudio, pero con el reto añadido de reflexionar sobre las prácticas propias; y en segundo lugar, una etnografía crítica de la política y la racionalidad administrativa de las intervenciones para el desarrollo. Esta última faceta de la antropología aplicada al desarrollo es la que han privilegiado autores, como Arturo Escobar (1996), quienes, por medio de un análisis riguroso de las prácticas y los discursos del desarrollo, han mostrado las estructuras de dominación que subyacen a las intervenciones. Sin embargo, muchos otros antropólogos se han profesionalizado en la intervención social logrando transformaciones significativas, no solo en las estructuras sociales que estudian, sino también en las lógicas mismas de la intervención para el desarrollo. En este sentido, este texto busca mostrar esta otra cara del problema sin desconocer las críticas ya tradicionales a los mecanismos de intervención; pero mostrando qué pasa cuando son los antropólogos los que intervienen.

---

3 No evaluativo en el sentido de juzgar las acciones de los actores, pero sí que pretende construir una mirada en términos de logros y fracasos sobre la intervención (Mosse, 2006: 944).

## **La etnografía en la intersección entre la investigación aplicada y la investigación académica**

Las reflexiones que se presentan en este artículo corresponden a una investigación desarrollada entre 2003 y 2006, en el marco de un convenio de intervención para el desarrollo firmado entre un centro de investigación internacional y el Ministerio de Agricultura costarricense. El objetivo del convenio era diseñar una intervención destinada a fortalecer las organizaciones de productores de la región norte de ese país. El convenio surgió por la motivación de un investigador del centro internacional, varios funcionarios del ministerio y miembros de organizaciones campesinas que habían trabajado juntos en un proyecto previo en Centroamérica. A partir de ahí, se desplazaron un investigador de manera permanente durante tres años, dos estudiantes de doctorado, varios de maestrías y varias misiones regulares de investigadores. Entre los resultados más relevantes de dicha intervención se destaca el fortalecimiento, en distintos grados, de trece organizaciones a través del acompañamiento en la formulación de planes estratégicos, algunos proyectos y la consolidación de redes entre ellas a niveles regional y nacional, así como se la culminación de una propuesta política que agrupaba en 2005 a más de 60 organizaciones (Rodríguez y Vargas, 2005).<sup>4</sup>

La investigación fue acogida por el equipo interventor con un doble objetivo: primero, apoyar el dispositivo en el eje del fortalecimiento organizacional; y segundo, como mecanismo de evaluación de la intervención. Para lograrlos, se propuso una etnografía en dos ámbitos: una, en el interior de las organizaciones, que sirviera para analizar y profundizar sus estructuras, fallas y fortalezas; pudiendo así intervenir en su transformación; y otra, analizando el dispositivo y el equipo interventor, para evaluar el alcance del proyecto y las formas de optimizar su trabajo. La primera y, con certeza, la principal dificultad fue la de desarrollar la mirada reflexiva exigida en el ejercicio etnográfico sobre el dispositivo, al tiempo que se formaba parte de él. Es la idea de un individuo en un balcón que observa su propia marcha sobre la acera, la cual a su vez es transformada por dicha mirada. Pero más allá de la dificultad, el ejercicio resultó ser un escenario ideal para la reflexión antropológica, conjugando la investigación académica con la investigación aplicada, ambas objeto de este artículo.

Para empezar, el debate sobre la articulación de las dos dimensiones de la investigación social ya ha sido abordado por la antropología del desarrollo. Rescatemos tres puntos empleados en la investigación y referidos al caso de estudio. Para combinar ambas dimensiones, comenzaremos retomando la propuesta del an-

---

4 El proyecto hoy en día continúa con un grupo nuevo de colaboradores y una permanencia de ocho años en el proceso de apoyo a las organizaciones de productores costarricenses.

tropólogo francés Jean Pierre Olivier de Sardan (1995) de la socioantropología del desarrollo, quien considera una complementariedad de los métodos, combinando un análisis etnográfico, sin olvidar la macrodimensión de los escenarios en los que tienen lugar choques, encuentros y transformaciones, característicos de los programas y prácticas ligados al desarrollo, denominados por el autor “arenas” (Olivier de Sardan, 1995: 173-176). En cuanto a la interacción entre la investigación y la intervención, el autor afirma que “no se puede hacer socio-antropología [sic] del desarrollo aplicada sin una socio-antropología [sic] del desarrollo fundamental” (Olivier de Sardan, 1995: 11), ya que el ejercicio de las ciencias sociales sobre el desarrollo debe orientarse a la transformación e intervención de dinámicas sociales. En este sentido, considera que la socioantropología del desarrollo más que hacer una crítica de las dinámicas de la intervención, tiene que plantearse dos aspectos fundamentales: a) su responsabilidad en la necesidad de comprender la interacción, tanto dentro de la intervención, como en la formación de interventores; y b) reflexionar sobre los límites y parámetros ético-científicos de la investigación aplicada; así como evaluar el flagrante fracaso de un sinnúmero de intervenciones.

Por otra parte, es un hecho contundente el fracaso estrepitoso y constante de proyectos y lógicas de intervención para el desarrollo, estudiado y criticado ampliamente por la antropología (Ferguson, 1990; Rist, 1996 y Escobar 1996), motivo para llevarnos a superar la crítica y discutir sobre nuestro propio campo profesional y su papel en la transformación de lo social. De hecho, los antropólogos están cada vez más involucrados en las prácticas del desarrollo, intervención que se ha traducido en proyectos menos técnicos y más acordes con los contextos socioculturales locales. Se ha avanzado, pero se ha de avanzar más.

Resulta necesario ir más allá de los aportes metodológicos para desarrollar una mirada reflexiva en el interior de las intervenciones. La propia intervención debe progresar, preparándose para la inclusión, a veces incomoda, del observador participante, que tiene mucho que aportar tanto al diseño como a la evaluación de las prácticas y resultados de la misma, lo cual, también es otra forma de hacer antropología y desarrollar una postura crítica lejos de aparecer como un observador externo; así como lo fue en la vinculación de los investigadores a los movimientos sociales (Rosaldo, 1991; Ortner, 1994 y Caviedes, 2004).

Finalmente como dejáramos entrever en la introducción de este artículo, existe un antiguo debate sobre la posibilidad de ser al mismo tiempo un buen investigador y un buen interventor (Meister, 1977), ya que las dos actividades requieren saberes particulares. Varias experiencias (Fassin, 1996 y Mosse, 2006) tenderían a afirmar que las dos destrezas pueden ser desarrolladas por un científico social; en adición, el ejercicio cotidiano de la intervención para el desarrollo ha llevado a los antropólogos a moverse en las dos esferas. Sin embargo, no debe ser algo tan claramente definido cuando siguen vigentes estas dos preguntas: ¿Están

dispuestas las universidades e institutos de investigación a hacer intervenciones? ¿Tienen interés en valorizar una mirada crítica los organismos interventores o gestores del desarrollo? Enfrentarse a estas discusiones tiene un coste. En el caso que veremos en este artículo, fue el abandono de una parte de la investigación inicialmente planteada; en otros, ha supuesto fuertes cuestionamientos éticos y profesionales, como los enfrentados por David Mosse a raíz de la publicación en 2004 de su monografía sobre un proyecto de intervención en la India. Resumiendo muy sucintamente, en su relato se constataba el carácter colonialista de los participantes ingleses en el proyecto, que no dejaron espacio a los hindúes para participar. Dicha publicación fue tachada de poco ética, poco objetiva y se le recomendó censurar el texto.

### ***La etnografía como método de intervención***

Para analizar la etnografía como intervención, veremos primero algunos datos cuantitativos, así como los objetivos que se perseguían; revisaremos luego la metodología utilizada para finalmente, ver algunos de los resultados obtenidos con el uso de las técnicas etnográficas en la intervención de las organizaciones. Cabe recordar que no se trata de una crítica a la intervención, que por lo demás tuvo infinidad de dificultades; sino de avanzar en el argumento de la articulación entre intervención y etnografía. También, señalar que la investigación que se desarrolló sobre las organizaciones, suscitó otras discusiones en el marco de la sociología de las organizaciones que hemos publicado en otros textos. (Rodríguez, 2005, 2006, 2012; Rodríguez y Maître d'Hôtel, 2005 y Faure et al., 2007, 2008 y 2011).

La intervención: se trabajó con 33 organizaciones de muy diversos tamaños, actividades y estructuras. Este trabajo nos permitió conocer un panorama amplio de las formas organizativas presentes en la zona donde se intervenía; así como abarcar la más amplia mayoría de las organizaciones. De entre ellas, 13 fueron objeto de un diagnóstico que permitió identificar aspectos para fortalecer y empezar la intervención (Rodríguez, 2005). Los 13 diagnósticos se realizaron en tres niveles diferentes, dependiendo de la disponibilidad e interés de la organización para trabajar con los investigadores. Estos tres niveles, correspondieron a distintas intensidades de trabajo<sup>5</sup> (véase tabla 1).

---

5 El Diagnóstico participativo, corresponde a un pequeño diagnóstico rápido, producto de 3 a 5 reuniones de trabajo con cada organización. El diagnóstico descriptivo correspondió a un trabajo un poco más intenso de alrededor de 10 sesiones profundizando en más temas. Finalmente, el diagnóstico etnográfico, correspondió a una intensidad de entre 15 y 25 sesiones de trabajo con cada organización y la participación de los investigadores en múltiples actividades tanto de la organización como de los productores. Lo llamamos etnográfico, pues el producto final fue una etnografía de cada uno de los tres grupos.

**Tabla 1.** Lista de las organizaciones involucradas en la intervención

Nivel de relación con el proyecto	Miembros inscritos	Miembros activos	Tipo de actividad
<b>Diagnóstico etnográfico</b>			
1. Aso-productores ornamentales	26	21	Exportación
2. CAC de Sarapiquí	148	53	Mercado interno
3. Aso-Mujeres de Santa Elena	17	12	Diversificación de ingresos
<b>Diagnóstico descriptivo</b>			
4. Los campesinos	238	76	Mercado interno
5. Jazon*	13	4	Diversificación de ingresos
6. Ascomafor*	6	6	Diversificación de ingresos
<b>Diagnóstico participativo</b>			
7. Aprodegua	39	22	Diversificación de ingresos
8. Asociación Alianza Garabito	27	13	Diversificación de ingresos
9. Uprochi*	11	2	Mercado interno
10. Cro MNC*	21	5	Defensa de los pequeños productores
11. Cro UPA Nacional*	49	49	Defensa de los pequeños productores
12. Unigreses*	23	4	Defensa de los pequeños productores
<b>Otras organizaciones incluidas</b>			
13. Coopellanoazul	24	13	Mercado interno
14. Amoa	21	8	Diversificación de ingresos
15. Aproduma	24	14	Diversificación de ingresos
16. Aso pro del Futuro	23	12	Mercado interno
17. Aso pro Santa Elena	24	12	Diversificación de ingresos
18. Coopezarapiqui	45	31	Mercado interno
19. Apropiña	62	52	Exportación
20. Asoc. Mujeres de Quebrada Grande	18	9	Diversificación de ingresos
21. Aprosama	29	16	Mercado interno
22. Coopedospinos	2358	2358	Mercado interno y exportación
23. Aproale	12	6	Exportación
24. Crae-zan*	13	4	Diversificación de ingresos
25. Arao	13	¿?	Diversificación de ingresos
26. Apacona	35	14	Exportación
27. Cámara de Granos Básicos*	¿?	¿?	Mercado interno
28. Cac de los Chiles	¿?	¿?	Mercado interno
29. Cac de San Carlos	¿?	¿?	Mercado interno
30. Fundecoca*	¿?	¿?	Microcrédito
31. UPA Nacional*			Defensa de los pequeños productores
32. MNC*	48	15	Defensa de los pequeños productores
33. CNMTC*	¿?	¿?	Defensa de los pequeños productores

\* Asociaciones de 2.º y 3.º grado, que agrupan organizaciones.

En cuanto a los objetivos del dispositivo, el eje central de la intervención fue la dimensión participativa: en primer lugar, porque no se concibe hoy día un proyecto de intervención, o de fomento al desarrollo, sin que se involucre activamente a la comunidad (Stiglitz, 1998). Destacaremos aquí que este era un requerimiento de los organismos financiadores y que se hallaba incorporado entre los discursos de todos los actores involucrados como un componente fundamental. En segundo lugar, uno de los objetivos de la intervención era fortalecer las organizaciones en proyectos productivos y, para cumplir este objetivo se hizo necesario robustecer la perspectiva participativa en el interior de la organización. Por este motivo, buena parte del trabajo de fortalecimiento se orientó a la estructuración de equipos y comisiones, a la distribución de responsabilidades, identificados en los diagnósticos como debilidades recurrentes. Como tercer aspecto, la finalidad del dispositivo era consolidar una red de organizaciones capaz de tener incidencia en lo político. De nuevo, conseguirlo pasaba por trabajar la perspectiva participativa; en esta ocasión, en dos niveles: uno, de formación en participación ciudadana, siendo el objetivo, vigorizar las propuestas de las organizaciones y su capacidad de negociación frente a otros actores políticos y económicos; y otro, acompañando en la construcción colectiva de la propuesta política. En este sentido, se requería que las organizaciones y sus líderes articularan intereses colectivos, mediante la negociación participativa de propuestas que fueran lo suficientemente amplias para abarcar las problemáticas de todas ellas.

En cuanto a las acciones realizadas profundizaremos sobre las tres etnografías llevadas a cabo con las organizaciones más involucradas en la intervención, resaltando los aportes de esta perspectiva analítica. Para los tres casos, la etnografía vino a tener efectos favorables. En primer lugar, esta produjo un conocimiento detallado de las organizaciones, de su funcionamiento y de las dinámicas internas de sus miembros que permitió identificar los aspectos más conflictivos en ellas y, por lo tanto, fue la base del diseño del fortalecimiento organizacional. La situación privilegiada del observador participante facilitó una comprensión de las estructuras de relaciones, intereses y motivaciones de los socios que ninguna otra herramienta podía haber evidenciado. En segundo lugar, al ser una intervención participativa, el trabajo etnográfico involucrado en las organizaciones, sirvió para diseñar y ejecutar colectivamente el plan de fortalecimiento de cada organización.

El plan de fortalecimiento era un objetivo prioritario de la intervención, por lo cual, vamos a detallar las directrices generales de la formulación del mismo, que luego serían extrapoladas y adecuadas a cada caso particular: se siguieron 5 fases con una guía propia (véase tabla 2). El tiempo promedio para el diagnóstico etnográfico en cada uno de los tres casos, varió entre 8 y 16 meses.

**Tabla 2.** Resumen de la guía de descripción etnográfica

<b>Guía-op CAC de Sarapiquí:</b>	
<b>Fase 1: Acercamiento a la organización</b>	
1. Historia de las organizaciones (trabajo con líderes más antiguos y con los funcionarios que conocen el proceso)	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Orígenes, miembros fundadores, proyectos, reacción o actitud de la comunidad</li> <li>— Primer impulso (interno o externo) necesidades de los productores</li> <li>— Dificultades y apoyos</li> </ul>
2. Actividad de socialización de lo que estamos haciendo	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Conocimiento de todos los miembros. Convivencia</li> </ul>
3. Definir con la junta directiva la forma del trabajo	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Funcionamiento de la organización: formas de trabajo, distribución, estructuras de poder</li> <li>— Construcción de cartografías de las relaciones entre los miembros de la organización</li> </ul>
<b>Fase 2: Acercamiento a los miembros</b>	
4. Gira de reconocimiento y motivación a 5 comités auxiliares que se integraran en el diagnóstico	
5. Visitas en finca (8): descripción de las actividades, charla sobre la organización	
6. Día de trabajo con los comités auxiliares para diagnóstico, que proponga insumos para el diagnóstico de la organización	
7. Dos reuniones de discusión de resultados de comités auxiliares con la junta directiva	
<b>Fase 3. Fortalecimiento en actividades en curso</b>	
8. Discusión sobre proyectos vigentes	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Lista y cronología de proyectos realizados: reconstrucción histórica</li> <li>— Ejercicio y análisis de problemas y soluciones que fueron dadas</li> <li>— Proyectos futuros</li> </ul>
9. Análisis de sistemas de producción y actividades productivas	
<b>Fase 4. Fortalecimiento de la capacidad organizativa</b>	
10. Descripción del contexto local y regional	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Relaciones con otras organizaciones</li> <li>— Realización de flujogramas de producción y comercialización</li> <li>— Cartografía de las relaciones con otros actores</li> <li>— Lista de dificultades y potencialidades locales</li> </ul>
<b>Fase 5. Fortalecimiento de redes</b>	
11. Discusión contexto exterior	<ul style="list-style-type: none"> <li>— Relación con instituciones nacionales e internacionales</li> <li>— Relación con las organizaciones de defensa de los productores nacionales (UPA nacional y MNC) o internacionales</li> <li>— Mercados internacionales en los que están o podrían estar</li> </ul>
12. Informe de diagnóstico y diseño del plan de fortalecimiento de la organización	

Veamos cada una de las fases estipuladas en la guía de la tabla 2.

Fase 1: Acercamiento a la organización. Se hacía necesario, en primer lugar, elaborar una reconstrucción de la trayectoria de la organización. Este ejercicio tendría triple misión dentro del diagnóstico: a) hacer un primer acercamiento para conocer la organización; b) determinar factores de dificultad en la trayectoria de la misma, y c) identificar actores clave para entender su estructura. El contacto inicial y el trabajo de reconstrucción con sus fundadores a través de las narraciones de todos sobre el

origen y la historia de la organización facilitó muchísimo el contacto con los miembros. El ejercicio consistía en diseñar una línea del tiempo y en ella cada quien iba incluyendo aspectos que recordaba del pasado, lo cual fue muy bien percibido por todos, sirvió para refrescar la memoria de algunos, para revivir momentos clave y para socializar impresiones que en otros momentos nunca se intercambiaron. Además, el ejercicio permitió identificar como uno de los factores con mayor incidencia en el fracaso de las organizaciones y de los proyectos el origen exógeno de la iniciativa de formar la organización. Es decir, participaban y se organizaban porque eran —en sus propias palabras— incitados y a veces obligados a hacerlo.

[...] estaban recién instaladas las primeras familias aquí en este asentamiento [...] eso hará unos 12 años [...] y vino una gente de CARE internacional [...] eso era con cooperación de Canadá, que para promover los grupos de mujeres y entonces en eso vino y nos dieron capacitaciones y también con el IMAS tuvimos unas, para saber todos los procedimientos que teníamos que hacer para formarnos como organización (Presidenta-Asomu Santa Elena).

Este era el caso de la mayor parte de ellas, creadas por instituciones locales de fomento agropecuario o de cooperación, en su afán por cumplir con una política nacional dirigida a promover la creación de grupos para llegar a más a usuarios (Rodríguez, 2005). De este hecho se desprendían gran parte de las dificultades de las organizaciones en captar el interés de los asociados y de mantener un trabajo en grupo constante, ya que estas uniones habían sido forzadas y no surgidas de la necesidad de las comunidades. En particular, el testimonio habla de asentamientos creados mediante la política de distribución de tierras, que además agrupaba personas de orígenes geográficos y culturales diferentes; todo lo cual no era tenido en cuenta en el impulso inicial que las instituciones del Estado daban a la formación de grupos.

Adicionalmente, el estudio de la trayectoria de la organización permitió evidenciar en qué momentos había enfrentado dificultades, haciendo más sencilla la identificación de problemas y causas. Profundizando sobre estas en las siguientes fases del diagnóstico se daba base al plan de fortalecimiento. Como tercer aporte, esta fase permitió reconocer los actores representativos y sobre todo las estructuras de poder dentro de la organización, aspecto clave para trabajar más adelante en la intervención. Aquí la perspectiva etnográfica resulta relevante; ya que en la mayoría de las intervenciones se desconocen estas estructuras internas y, por lo tanto, muy pocas veces las actividades tienden a cambiarlas, y por el contrario, tienden a reforzarlas. La observación de las prácticas de trabajo en la organización, de la manera en que intervenían los unos y los otros, daba muchas luces sobre los liderazgos y formas de trabajo, que luego intentaríamos mejorar.

Fase 2: Acercamiento a los miembros. Se trató de un trabajo de aproximación a las bases de la organización para saber qué tan representados y comprometidos se sentían sus miembros. Para ello, se realizaron visitas en fincas y recorridos por



las zonas de influencia de la organización. Aspecto también innovador; ya que las instituciones normalmente se dirigían a los dirigentes sin preocuparse mucho por las bases. Adicionalmente y para fortalecer aspectos técnicos de la producción, se diagnosticaría el estado de las fincas y su capacidad productiva.

Como hallazgos relevantes del análisis etnográfico, se identificó una brecha importante entre los discursos de los líderes y la realidad de los productores. Así, varias organizaciones y en particular dos de ellas, siempre quisieron dar la idea de una organización homogénea y armoniosa; cuando en su interior existían decisiones importantes y funciones que no correspondían a la realidad. Adicionalmente, los miembros con los que contaba la organización en sus actas, no correspondían con el número de productores involucrados en proyectos y beneficiarios de los servicios propuestos por las mismas, que aquí denominamos miembros activos (véase tabla 1). Para terminar, fue muy interesante ver cómo el compromiso de los productores en las bases, en todos los casos, era terriblemente frágil; todo lo cual dio muchas pistas para emprender el proceso de fortalecimiento desde los intereses de las bases y fomentar una estrategia de participación en varios aspectos: en asistencia, en toma de decisiones, pero también en función de que los beneficios de la organización llegaran a todos los miembros (véase tabla 3).

**Tabla 3.** Caracterización de la participación comparando cuatro organizaciones productivas

Categoría	Criterios	Apropiña				Aso la Tigra				Campesinos				CACSA				
		Li	Di	As	A	Li	Di	As	A	Li	Di	As	A	Li	Di	As	A	
Visión colectiva	Visión colectiva	3	3	2	3	3	3	2	3	3	3	2	1	1	2	2	2	2
	Reuniones	3	3	2	3	3	3	2	Na	2	2	2	1	1	2	2	2	2
Actividades	Producción	3	3	3	Na	3	3	3	3	2	2	1	Na	1	1	1	Na	Na
	Comercialización	3	1	1	Na	3	2	1	3	3	1	1	Na	1	1	1	1	2
	Coordinación	3	1	1	3	2	2	3	3	2	2	1	Na	1	1	1	1	2
	Proyectos	3	3	2	3	3	2	2	3	3	3	2	3	1	3	1	1	3
	Representación	3	3	2	3	3	2	1	2	3	3	0	3	1	3	1	2	2
	Toma de decisiones	Políticas	3	3	2	3	3	3	2	Na	3	3	1	3	1	2	2	2
Beneficios	Asignación	3	3	2	3	3	3	2	3	3	3	2	3	1	2	0	2	2
	Coordinación	3	3	2	Na	3	3	1	Na	1	1	0	2	1	1	1	1	2
	Cotizaciones	3	3	3	0	3	3	2	Na	3	3	2	Na	1	2	2	Na	Na
Beneficios	Precios ventajosos	3	3	3	Na	3	3	3	Na	1	1	1	Na	1	1	0	2	2
	Distribución de servicios	3	3	3	Na	3	3	3	Na	3	3	2	Na	1	2	2	Na	Na

Convenciones. 3: buena participación; 2: participación intermedia; 1: participación baja; 0: participación nula; Li: líderes; Di: directivos; As: asociados; A: personal administrativo; NA: no aplica.

La tabla 3 muestra cómo en las cuatro organizaciones existe menor participación de los socios —en todos los aspectos evaluados— que de los directivos. Sorprende sobre todo la baja participación en la distribución de beneficios en todos los casos.

Finalmente, es de resaltar que las dos organizaciones donde los niveles de participación son más bajos —los campesinos y el CACSA—, son en las que el Estado aún hace un aporte para el mantenimiento de la organización o financia algún proyecto. “Lo difícil de una organización es que todos se apuntan pero luego ninguno quiere trabajar, no asisten a las reuniones, piensan que los dirigentes están ganando algo y la verdad es que esto son solo sacrificios” (líder de Los Campesinos).

“Es que para qué va uno a seguir una gente que ni se acuerdan [sic] de hacer llegar una convocatoria [...] ahí tiene el proyecto de piña y usted cree que a todos nos metieron, ¡no! Eso es pa’ unos poquitos que están ahí pegados a la pata de los del MAG, entonces esto no es organización ni es nada” (Socio-Productores de Santa Elena).

En cuanto a los análisis productivos, ninguna de las organizaciones contaba con un diagnóstico de la capacidad productiva de sus miembros; a lo que se sumaba que cada participante disponía de procesos técnicos de la producción distintos. Lógicamente, ambas realidades se identificaron como una dificultad mayor a la hora de formular y ejecutar proyectos productivos. De hecho, la mayor parte de los fracasos resultaban precisamente de las dificultades para homogeneizar, escalar y garantizar volúmenes de producción. Parte de la intervención incluiría el diagnóstico productivo y los análisis de sistemas de producción elaborados por economistas y agrónomos del equipo.

Fase 3: El fortalecimiento en actividades en curso. Continuaba con el diagnóstico pero empezaba a involucrar aspectos de intervención, a la vez que se reconstruía la historia y trayectoria de los proyectos de la organización, se identificaban debilidades y fortalezas, causas y efectos que empezaban a ser trabajados en esta fase. El objetivo era analizar los proyectos que se estaban desarrollando o fijar las bases para el emprendimiento de nuevos proyectos. Estas actividades fueron denominadas planes estratégicos y la idea era que al final de la intervención cada organización contara con uno. No todas lo consiguieron y alcanzaron distintos niveles de esta formulación. Aquí se combinaron varias técnicas clásicas de las intervenciones como el análisis de fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas —FODA— y evaluaciones prospectivas; con los instrumentos cualitativos de la observación, entrevistas a profundidad y grupos focales. Lo interesante de esta parte fue el trabajo interdisciplinario de todo el equipo en el fortalecimiento de los planes estratégicos que abarcaban aspectos de la producción agrícola, la administración de empresas agrícolas y la gestión organizativa. En este sentido, la observación participante en la formulación de los proyectos permitía identificar dificultades en el momento mismo de la formulación.

Fase 4: Fortalecimiento de la capacidad organizativa. El objetivo de esta fase era entender el rol de las organizaciones en el contexto de su entorno cercano (de

la comunidad o asentamiento),<sup>6</sup> siendo las personas asociadas en organizaciones la minoría en su comunidad. En el origen de ese carácter minoritario y como causa de esa ausencia de participación, se halló un grado alto de desconfianza por parte de la comunidad frente a las organizaciones. Estas eran vistas como entes asociados directamente a múltiples fracasos, cuando no revestidos de un cierto carácter sectario.

Yo participé mucho en organizaciones, en la época de las tierras,<sup>7</sup> pero uno se va dando cuenta que [sic] eso no sirve, las personas se van apoderando de eso hasta que les chupan toda la sangre y las acaban [...] hay líderes mal intencionados, también funcionarios que las usan y se van [...] ya no le apuesto a eso (miembro de la comunidad de Guatuso).

“Para qué le voy a decir, yo estoy en varias, pero porque me apuntaron que un vecino por ahí, pero ni voy, acaso ¿quién se ha beneficiado de eso? esos son solo asuntos de políticos, que para votos, pero a la hora de la verdad al pequeño productor no lo salva nadie” (productor La Tigra).

Pero el desencanto de la labor de las organizaciones no es la única causa de la baja participación en las comunidades; muchos productores comercializaban negociando con intermediarios y obteniendo precios similares a los ofrecidos por las organizaciones, por lo que la organización no parecía una gran ventaja. La falta de eficacia, nos implica una digresión adicional. La tabla 3 ilustra cómo algunas organizaciones no proveen de beneficios económicos o materiales a sus miembros. Siendo así, y recurriendo a la sociología de las organizaciones, resultaba necesario indagar sobre la razón de ser de las mismas. Las respuestas llevaron a apuntar en varias direcciones: primero, las organizaciones eran usadas para mantener relaciones entre algunos miembros de la comunidad, era el caso muy frecuente de los grupos de mujeres y de jóvenes que aunque enfrentando múltiples fracasos, mantenían un lugar donde muchos de sus miembros pudieran socializar. Esto llevaría a desarrollar actividades para dar a este interés de socialización un valor agregado por el lado de la productividad, para que la organización terminara cumpliendo su función.

La segunda razón de mantenimiento de las organizaciones tenía que ver con un discurso promovido desde las instituciones, según el cual, la única manera de mantenerse en el mercado era a través de una organización; aquí se encontraban las organizaciones más exitosas que aunque sin muchos beneficios lograban mantenerse vigentes; nuestro trabajo allí consistiría en la mayor divulgación de los logros y el

6 En Costa Rica son asentamiento las comunidades conformadas por la política de distribución de tierras, encargada de formar la estructura agraria y poblacional de la zona norte. Todas las organizaciones de primer grado del proyecto, se insertaban en un asentamiento y la gran mayoría de sus miembros habían sido beneficiarios de la política de distribución de tierras.

7 Se refiere a los años 80 cuando hubo un fuerte movimiento por la tierra en Costa Rica.

intentar aumentar los márgenes de beneficios con respecto a los intermediarios, en muchos casos fue a través del ofrecimiento de otros servicios como asistencia técnica o venta de insumos a mejor precio.

Finalmente otras organizaciones existían como mecanismo para acceder a beneficios del Estado y la cooperación: formación, proyectos de cooperación, financiación, etc. Estas organizaciones mantenían dinámicas de mucha dependencia, en particular con el Estado; para ellas el fortalecimiento consistía en una estrategia de autonomía que no todas lograron alcanzar. Muchas de ellas fracasaron una vez que se retiraron los apoyos que daba el Estado, incluyendo los que daba nuestro propio dispositivo. Todo ello da cuenta de diversas y complejas lógicas organizativas campesinas que no responde exclusivamente a intereses económicos, como podría pensarse a priori.

Fase 5: Fortalecimiento de redes. La quinta etapa ofreció información para comprender la inserción de las organizaciones en redes en distintos aspectos y para potenciarlas para el desarrollo de acciones colectivas entre ellas. Los resultados vinieron a presentar líderes muy conectados, tanto entre ellos, como con las instituciones del sector, que compartían características como la elevada concentración de las relaciones de poder de estos líderes, que desencadenaba relaciones clientelistas con la institucionalidad y el alto grado de dependencia de la mayoría de las organizaciones con respecto a los agentes del Estado o de la cooperación internacional. Si bien, todas las organizaciones mantenían relaciones estrechas con las mismas instituciones, en pocas ocasiones estas se encontraban entre ellas. Aquí se concentró uno de los aspectos más amplios y costosos del dispositivo de intervención que fue construir espacios de encuentro entre las organizaciones. Los resultados fueron positivos como se mostrará más adelante; pero una vez más, se replicó el modelo tan criticado por el mismo dispositivo y es que la iniciativa a pesar de la participación de muchos líderes, no dejaba de ser externa y además financiada con recursos de la cooperación internacional. La incidencia de estas acciones colectivas se vio limitada por el cambio de gobierno en 2006; que abandonó el apoyo a las organizaciones para fomentar más directamente la agroindustria; solo con la salida del gobierno Arias; en 2010 se retomaría parte de la agenda de discusión concertada y apoyada por el dispositivo de apoyo (Rodríguez, 2012).

### ***Algunos de los resultados de la aproximación etnográfica en la intervención***

Como primer resultado, la observación etnográfica fue clave en la construcción de escenarios participativos dentro de las organizaciones. Esta mirada nos permitió identificar las estructuras de poder y, por lo tanto, algunas limitaciones a la participación. También tomar medidas para fomentar nuevas formas de trabajo colectivo, tanto en finca —creación de huertas y semilleros comunitarios—, como en la organización —creación de comisiones para diversos temas—. Se fomentaron nuevos liderazgos

y relevos. Se identificaron casos en los que no fue posible cambiar algunas formas de trabajo ya establecidas. De las trece organizaciones del dispositivo hoy existen nueve, entre ellas cinco (Aso pro Ornamentales, Los Campesinos, Jazon, Ascomafor y Apropiña) tienen proyectos productivos que se desprendieron del proceso de planificación, con gran margen de autonomía, es decir, con procesos de producción y comercialización sin ningún apoyo de organismos estatales o de cooperación; y otras cuatro (Cac de Sarapiquí, Comité Regional de Upa Nacional, Unicreses y Aprodegua) se mantienen activas a través de proyectos financiados por distintas instituciones, pero acordes con los procesos de planificación.

En segundo lugar, frente al objetivo de la construcción de redes (ya fuera con otras asociaciones de distinto niveles y agrocadenas productivas) y de interacciones de las organizaciones con otros actores (instituciones del Estado, otras organizaciones y empresas privadas agroproductoras o interventoras) se produjo un cambio significativo en las prácticas de las organizaciones y sus líderes. Suponemos que los discursos (orales y escritos) llevaban a pensar que se incorporaban prácticas participativas en las intervenciones públicas y privadas; pero la realidad era diferente, la etnografía de las prácticas mostró una brecha importante entre el discurso y la práctica ya que el discurso era impuesto por los organismos financiadores pero luego no se transformaban las prácticas.

Fue necesario reconstruir toda la política institucional de desarrollo rural desde los años 60 para comprender la raíz de esta desarticulación. La reconstrucción nos permitió entender que se perpetuaban relaciones de paternalismo y clientelismo, propios de la lógica proteccionista de periodos anteriores (Rodríguez y Maître d'Hôtel, 2005); se evidenció también una relación estratégica de las instituciones, que consistía en doble dependencia: se defendía a viva voz la autonomía y participación de las organizaciones, mientras que en la práctica, se fomentaba su dependencia con respecto a las instituciones del sector. Los efectos de estas prácticas eran perversos y patentes: las organizaciones presionaban políticamente para mantener los programas de apoyo de las instituciones y, a su vez, esas mismas instituciones, cada vez más limitadas y en riesgo de desaparición por las políticas neoliberales, dependían de esa presión para garantizar su propia subsistencia (Rodríguez, 2012). De la comprensión de esta lógica resultaba patente un diagnóstico clave: el proyecto actuaba en dirección contraria a las instituciones y sus funcionarios, quienes eran parte del equipo. Es decir, el principal obstáculo estaba en el interior del proyecto. Cambiar esta situación era difícil pero entenderlo, facilitaba la labor.

Para sortear esta traba se intentó un esquema de trabajo diferente, libre de la influencia que las instituciones estatales ejercían sobre las organizaciones y el proyecto mismo y, ¿quién más libre que los nuevos líderes, ajenos a los contactos y a las formas de trabajo de los líderes tradicionales? Ellos fueron, a partir de entonces, el vínculo principal con las instituciones; adicionalmente, se fomentaron las reuniones entre organizaciones sin la participación de organismos estatales, para que

ellos definieran en primera instancia su propia agenda. Esta iniciativa no era nueva, pues ya las organizaciones lo habían hecho en los años 90s para protestar frente a las políticas de liberalización (Edelman, 2005). En estos espacios, fue interesante poner a discutir a líderes tradicionales, que habían participado en esos procesos, con los nuevos líderes que ya no tenían los mismos intereses. Sin la orientación de los funcionarios, las negociaciones no fueron fáciles, pero al final se logró consolidar una propuesta que abarcara grandes aspectos de política, tanto agraria como de desarrollo rural para la región.

Así, el acercamiento etnográfico permitió el cumplimiento de gran parte de los objetivos de la intervención; resaltamos que esta perspectiva facilitó una intervención más participativa, tal y como se quería y se había formulado originariamente. También hemos visto, pragmáticamente, cómo la mirada privilegiada del etnógrafo involucrado, y de alguna manera comprometido con la realidad que estudia, permite crear estas relaciones y comprender las estructuras que la limitan, que escapan a otras varias técnicas de intervención (Ceffai, 2010; Vasco, 2007). De acuerdo con los planteamientos que hemos retomado de Olivier de Sardan (1995) y Mosse (2006), en este caso la etnografía fue un instrumento de mejoramiento de la intervención pero sobre todo un espacio de reflexión sobre las prácticas de dominación e instrumentalización que ocurrían en el interior del proyecto.

### ***La etnografía como evaluación***

La antropología del desarrollo se ha ocupado ampliamente de hacer críticas a las prácticas y discursos que se desprenden de esta lógica de intervención; así como comprender el funcionamiento de los organismos internacionales que dictan los lineamientos que se deben seguir en materias de intervenciones (Ferguson, 1990; Escobar, 1996; Rist, 1996; Mosse, 2006). Pero aparte de estas posturas críticas, vale también la pena preguntarse por el papel de los antropólogos en estas organizaciones y en la intervención en general; aquí desarrollaremos algunas ideas que pueden ser útiles a través del caso para responder a esta pregunta. No pretendemos hacer una crítica al proyecto, lo cual no significa que tuviera defectos importantes. Para el objetivo de este artículo nos limitaremos a resaltar las dificultades y beneficios que trajo la elección de la etnografía como método de evaluación.

Las intervenciones también tienen sus propios procesos de reflexividad que se sitúan en los procesos de evaluación y monitoreo; la dificultad radica en que muchas veces estas intervenciones son entendidas como simples procedimientos técnicos exigidos por los organismos financiadores; donde conviene no ser tan crítico para no limitar los recursos. He aquí una de las críticas más interesantes esbozada por Mosse (2003) en su texto; ya que se supone que existen momentos en la intervención para cuestionarse sobre la misma; pero desafortunadamente estos no son aprovechados para tal fin. En el caso que hemos venido estudiando, una parte de la evaluación se

abordó también a partir de una etnografía dando lugar a algunas dificultades en el desarrollo de la investigación. Así, aunque varios aspectos de la evaluación fueron retomados durante el desarrollo del dispositivo; otros hubieron de eliminarse tras un consenso con los actores involucrados.

Si recapitulamos, nos encontramos que tal y como sucede en todo proyecto de desarrollo, desde el nacimiento de la intervención y como requisito previo a su puesta en marcha, estaban previstos los mecanismos de monitoreo para medir su eficacia. Uno de ellos, eran las encuestas e indicadores cuantitativos ligados al número de organizaciones incorporadas; número de proyectos y planes estratégicos formulados; e incluso, número de personas participantes en talleres y capacitaciones. Pero este conteo parecía poco interesante como indicador de la eficacia del dispositivo y sobre todo los niveles de participación real y no solo de asistencia, por lo que se propuso un análisis etnográfico en el interior del equipo interventor, que tendría por misión evaluar tres aspectos en particular: i) el grado de participación entre los miembros del equipo interventor; ii) el grado de participación de las organizaciones en la definición de los pasos que se deben seguir en la intervención, y iii) caracterizar el tipo de relaciones que se iban consolidando entre las organizaciones y el equipo interventor y otros actores. Se quería ver si había evoluciones significativas en las percepciones de los unos sobre los otros. Para desarrollar este ejercicio, la perspectiva etnográfica, como observador participante del dispositivo, resultaba ser un método privilegiado por distintos motivos. En primer lugar, la integración de un miembro del equipo, que desarrollara esta etnografía, pasaba de forma automática a erigirse como un mirador privilegiado para obtención de información; y, a partir de esta recopilación de datos, se construiría una práctica reflexiva dentro del proceso de intervención. Este objetivo, o más bien una parte de él, fue conseguido por algunos miembros del equipo, quienes a partir de la etnografía reflexionaron sobre sus propias prácticas; pero sobre todo, sirvieron al investigador para establecer un análisis detallado de las dinámicas que tenían lugar en el interior del dispositivo, que a veces incluso, limitaban el efecto del mismo en su objetivo principal del fortalecimiento organizacional. En segundo lugar, el uso de la etnografía facilitó la iniciativa de participación, pues muy rápidamente algunos miembros del equipo reaccionaron sobre el estudio de sus propias prácticas. Finalmente, esta reflexión y gran parte de los datos extraídos de ella, se convirtieron en una investigación académica (Rodríguez, 2006) haciendo posible erigir un puente entre la intervención y la investigación académica, válido e interesante para las dos perspectivas. Es de señalar que no se trató de un ejercicio habitual en la investigación aplicada, pues generalmente los investigadores no cuentan con la posibilidad de hacer un análisis crítico de sus propias prácticas.

Sin embargo, este puente no estuvo exento de dificultades. La primera de ellas consistió en establecer simultáneamente una visión crítica de las prácticas que estaban teniendo lugar. Siendo el ejercicio etnográfico fundamentalmente analítico, este necesita de un espacio de reflexión que se va construyendo a través del acercamiento

y el conocimiento paulatino de la realidad estudiada. En el campo de la intervención, al mismo tiempo que se empezaba a analizar el contexto descrito, era necesario tomar decisiones que empezarían a transformar las situaciones observadas. Por ejemplo, al tiempo que la etnografía intentaba dar cuenta del tipo de relaciones que existían entre los funcionarios y los miembros de las organizaciones que participaban en el equipo (más adelante se verá que eran claramente clientelistas), estas personas estaban encargadas de tomar decisiones sobre cómo se iba a trabajar con una organización en particular. Esto hizo que se tomaran decisiones como, por ejemplo, ejecutar parte de los proyectos de intervención antes de tener un diagnóstico de las organizaciones, cosa que supuestamente la intervención no debía permitir.

Otro caso específico fue el proceso de selección de las organizaciones con las que finalmente se trabajaría. En los mecanismos de inclusión y exclusión, estaban involucrados intereses personales y políticos por parte de los miembros locales del equipo que los otros miembros (externos) desconocían. Así, el proyecto fue utilizado para favorecer ciertas redes y sus intereses particulares. Y es que, si bien el proyecto no contaba con recursos financieros importantes —el mayor apoyo era el acompañamiento del personal técnico—, esas relaciones se prestaron para dar favores a cierto tipo de proyectos, o de organizaciones, que no obedecían a parámetros estipulados en el mismo. Esto vino a limitar el aspecto participativo de la intervención, creando exclusiones que fueron nocivas más adelante y que afectaron también la credibilidad del proyecto. Así, en el diseño de la intervención, aún había dinámicas que pasaban desapercibidas para la etnografía y que habían sido determinantes en las decisiones que se habían tomado.

Pero esta dificultad no está necesariamente ligada al uso de la etnografía; más bien, haría parte de las dinámicas locales que escapan a toda intervención; y, podríamos incluso decir que, por el contrario, es la etnografía la que posibilita que afloren, dando luces a mediano plazo sobre los efectos de la intervención.

En segundo lugar, la etnografía sacó a relucir las dificultades ligadas a la heterogeneidad del equipo interventor, que representó tres aspectos clave: el análisis etnográfico; la comprensión de la diversidad de lógicas e intereses que determinaban las decisiones, y las acciones que se deben seguir.

El equipo, conformado por tres técnicos agrónomos adscritos a dos instituciones agrarias nacionales; tres interventores extranjeros, que hacían parte del centro de investigación internacional (dos economistas y una socióloga; dos de ellos jóvenes investigadores); dos cooperantes internacionales (un sociólogo y una trabajadora social de la *Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit* (Cooperación Técnica Alemana o GTZ), y tres líderes de las organizaciones campesinas (un hombre, una mujer y un joven), acrisolaba un cúmulo de diferencias como: ser extranjero frente a ser local; tener estudios superiores universitarios, estudios técnicos o venir de determinadas disciplinas; pertenecer al sector público o al privado; ser hombre o mujer; ser joven o mayor, y, más importante aún,



recibir pago o no por trabajar en el proyecto. No es difícil pensar que todas estas diferencias entraban en juego a la hora de negociar formas de trabajo que también determinaban roles dentro del grupo con desigualdades enormes. Por ejemplo, el ser mujer, miembro de una organización campesina, o el ser extensionista del ministerio con treinta años de trayectoria, o extranjero sociólogo, marcaba asimetrías demasiado fuertes como para que el objetivo participativo se cumpliera. Sin embargo, la perspectiva analítica de estas relaciones permitió más adelante comprender varias de las dinámicas que habían tenido lugar en ese encuentro asimétrico.

Pero más allá de las personas, el dispositivo hacía parte de un proceso de apoyo negociado entre una institución de cooperación científica y una institución pública nacional; y estas se habían fijado el objetivo de involucrar a miembros de las organizaciones campesinas. En esta medida, las organizaciones tenían prenociones de lo que significaba el trabajo, tanto con las instituciones públicas locales, como con la cooperación internacional. Aquí, la etnografía permitió comprender los imaginarios asociados a cada uno de los actores y lo que cada uno esperaba en esa relación. Para entender estas representaciones se hacía necesario estudiar la historia de la relación de las organizaciones con los actores estatales y, al mismo tiempo, con la cooperación internacional.

Por el lado de las instituciones públicas, estas tenían un pasado de relaciones marcadas por el paternalismo de periodos de política proteccionista previos. A pesar de que la institución se empeñaba en transformar este legado, los funcionarios, extensionistas de la vieja guardia, no lograban llevarlo a sus prácticas. Por ejemplo, en las reuniones de construcción del dispositivo, continuamente se veía a algunos de los líderes esperar a que el funcionario se pronunciara para saber si apoyaban una iniciativa; o, a la inversa, el funcionario descalificaba las opiniones de otros miembros del equipo, arrogándose gran parte de las decisiones y de las responsabilidades, en la construcción de instrumentos de trabajo.

Con respecto a las relaciones con los organismos de cooperación, también se reconstruyó la historia de las intervenciones en la zona, identificando una serie de proyectos que habían distribuido grandes beneficios económicos.<sup>8</sup> Estas lógicas precedentes, marcaron de manera significativa las relaciones entre los miembros del equipo en dos sentidos: los gastos y los salarios. Por una parte, se asumía que los gastos debían ser pagados, en su totalidad, por los miembros del equipo de la cooperación que eran presentados ante las organizaciones como los de la plata. Y es que, muchas de las dinámicas que se gestaban en el interior del grupo tenían que ver con la disposición de dinero de la cooperación, tanto para financiar las activi-

---

8 Estos apoyos se explican, porque durante los años 70 y 80 hubo una oleada de apoyos de la cooperación internacional en esta zona del país, frontera con Nicaragua, que buscaba subir el nivel de vida de los habitantes, para evitar el avance de la revolución sandinista en otros países de Centroamérica.

dades del proyecto, como para aportar fondos a las organizaciones. En este sentido, el dispositivo terminaba replicando todas las dinámicas asistencialistas, que se les criticaba a las instituciones y de las cuales se pretendía escapar a través del discurso de la participación. La participación resulta entonces ser solo un discurso cuando los gastos no son también participativos, es decir, cuando a todos no les cuesta lo mismo.

Si bien, rápidamente las organizaciones entendieron que no se trataba de cooperación en dinero y por ende las relaciones empezaban a cambiar, curiosamente no sucedía lo mismo en el interior del equipo interventor donde sus miembros (funcionarios y líderes) se mantuvieron firmes en la misma y preconcebida idea de que los miembros extranjeros debían financiar los transportes, los materiales, los almuerzos e incluso las cervezas después de las jornadas de trabajo.

Una segunda arista, igualmente ligada a los recursos, era que, para realizar el mismo trabajo, el personal expatriado contaba con asignaciones salariales muy diferentes a las de los miembros locales del equipo y, en particular, si se comparaban con la situación de los miembros de las organizaciones campesinas que trabajaban sin remuneración. Esto devino en asimetrías en cuanto a los ritmos de trabajo de unos y otros, que contradecían de manera flagrante las lógicas de una perspectiva participativa. Al final resultaban siendo los técnicos internacionales, quienes redactaban proyectos e informes porque los otros no tenían tiempo; pero una vez más el pensamiento experto y externo resultaba ser el que predominaba en todas las instancias del proyecto.

Finalmente, la mayor dificultad fue precisamente que la evaluación ponía en evidencia estos desequilibrios y diferencias y, dado que la realidad de los resultados podría llegar a comprometer la financiación o la participación institucional —de la que prácticamente todos dependían— se desencadenaron fricciones sobre el uso de los mismos. Esta pragmática realidad, dicha con la mayor objetividad posible, fue la causante de que buena parte de los resultados de la evaluación etnográfica finalmente no fueran incluidos en los informes finales del proyecto, censurándose cualquier discusión sobre los mismos incluso entre los miembros del equipo. Sin embargo, más allá de sus usos para los informes, la etnografía permitió ver una situación preexistente y, una vez develada, también permitió negociar el proyecto.

Tal y como afirma Mosse, muchas veces los objetivos y propósitos de la intervención están sobre todo impulsados por los intereses, por las exigencias y por la importancia de mantener las relaciones entre los actores que intervienen, más que por las políticas o lineamientos generales de los proyectos (Mosse, 2006: 216). Esta observación, sin duda, encaja perfectamente con nuestro caso donde parte de las evaluaciones y de la perspectiva participativa se sacrificarían por el mantenimiento del dispositivo de apoyo y del trabajo del equipo. Lo anterior se explicaría afirmando que lo más costoso en este proceso de intervención es la confianza generada entre las partes y parte de los resultados de la etnografía podían ser entendidos como una

traición a esa confianza que involucraba no solo a los miembros, sino además a las instituciones que representaban.

La dificultad del ejercicio etnográfico en el interior de las instituciones es ya reconocida. Por un lado tenemos que la perspectiva académica genera críticas difíciles de asumir, generalmente porque involucran mucho trabajo detrás. El peligro es que se corre el riesgo de cerrar estos espacios privilegiados de observación al alcance de los investigadores y específicamente de los antropólogos. Nosotros entendemos que, más allá de esta dificultad con las instituciones, se hace necesario incorporar esta perspectiva crítica.

En el caso estudiado, tal vez lo más frustrante fue que aquellos investigadores con acceso a los aspectos de la evaluación, que mostraban algunos de sus fracasos en materia de la promoción de la participación, tampoco estaban dispuestos a discutir estos resultados y descalificaban por ello el trabajo etnográfico. Y decimos frustrante, por cuanto la naturaleza del investigador debe llevar marcada a fuego la capacidad autocrítica.

## Conclusiones

Hemos propuesto como discusión central en este artículo, la articulación entre la investigación académica o fundamental y la investigación para la intervención o aplicada. Inicialmente articulamos esta discusión en el contexto de la tradición antropológica en Colombia, para mostrar que la antropología, como disciplina, se ha consolidado en los dos campos sobre todo en sus orígenes articulando una antropología muy comprometida y militante (Caviedes, 2004 y Jimeno, 2007), pero que recientemente refleja poca interacción entre ellos. En este sentido, el artículo propuso una discusión sobre los campos epistemológicos de la disciplina, superando falsas oposiciones y estereotipos que crean estancos dentro de la investigación social. Para alentarla, nos hemos situado en el ámbito de la antropología del desarrollo a través de un ejemplo concreto de utilización de la perspectiva etnográfica en un proceso de intervención. Intentaremos concluir, articulando la experiencia a la reflexión planteada.

En primer lugar, esta discusión nos lleva a reflexionar sobre nuevos campos de acción para la antropología, que inevitablemente han de articular su vertiente aplicada con la investigación académica. Es incontestable que el campo de la intervención para el desarrollo es un espacio en el que se consolida el quehacer antropológico, no solo por las destrezas del oficio para comprender fenómenos sociales ligados al desarrollo, sino por su capacidad reflexiva, capaz de desentrañar prácticas que se desprenden de las políticas que determina la ayuda internacional.

Por otra parte, la complejidad de los encuentros socioculturales que estos dispositivos ponen en marcha, marcados por múltiples diferencias entre los actores que gestionan y promueven el desarrollo y aquellos que son sujetos de los dispositivos,

como en el ejemplo que hemos descrito, muestra que este resulta un campo privilegiado para el trabajo antropológico y etnográfico. Gran parte de lo que ocurre en estos encuentros, que terminan desencadenando relaciones de poder, luchas de intereses, conflictos y alianzas entre los actores, no serían comprensibles sin la observación atenta, exhaustiva y reflexiva de la mirada etnográfica. Como lo propone Olivier de Sardan en su socioantropología del desarrollo (1995), los encuentros desiguales que tienen lugar en la negociación de instrumentos para el desarrollo son un reto para el diálogo intercultural en el cual no solo los expertos tienen su perspectiva, sino que además la vertiente participativa abre el espacio a las comunidades locales para aportar sus visiones de mundo. Sin embargo, aún estamos distantes de que los escenarios del desarrollo se conviertan en intercambios equitativos, también lo vimos con el ejemplo; pero sin duda la participación de los antropólogos en estas empresas puede ayudar a cambiar las cosas.

Es un reto, estimulante pero a veces también ingrato para el etnógrafo, desentrañar estas estructuras a las que él mismo pertenece y en las cuales se involucra. En este sentido, también el etnógrafo debe ser capaz de defender su interpretación subjetiva y solventar las tensiones que de ella se desprendan (Mosse, 2006: 956).

Adicionalmente, desentrañar la complejidad de las relaciones de interés, clientelismo, paternalismo, como las que hemos evidenciado, es sumamente útil, no solo para la construcción de los dispositivos de apoyo, sino para entender los límites, fracasos y éxitos de las acciones emprendidas. Más allá de los lineamientos y políticas, y de las instituciones internacionales, que rigen y orientan las intervenciones, las relaciones que se dan dentro de los dispositivos se imponen a estos y terminan definiendo las prácticas. De nuevo, la mirada privilegiada del etnógrafo, permite la comprensión de esas prácticas y su articulación, o desarticulación, con los discursos. Así, en el caso presentado, la etnografía sirvió, tanto para darle mayor alcance al proyecto en su fase de intervención, como para comprender las interacciones en su fase de evaluación. Y es el caso, que no pretendía convertirse en instrumento de juicio sobre las acciones de quienes estaban involucrados en el ejercicio, ni tampoco desconocer el valor sustantivo de los logros alcanzados por el dispositivo; por el contrario, la etnografía de las organizaciones permitió dar mayor alcance a la intervención a través del conocimiento detallado que esta herramienta proporcionó de las organizaciones.

Siendo el objetivo del dispositivo la promoción de la participación, la etnografía permitió construir sobre ese concepto matices importantes que escapaban a cualquier otro instrumento de medición de la participación. Mostró, realmente, cuándo y cómo se generaban estrategias para favorecer o limitar la participación; o cuándo estructuras de relaciones tradicionales se constituían en una limitante para cumplir este objetivo.

En otro sentido, el ejemplo ilustra los usos de la investigación académica en un proyecto de intervención; pero además, cómo el proyecto se convierte en objeto de investigación académica. Este ir y venir viene a ratificar la existencia de fuertes

sinergias entre ambas dimensiones de la investigación y, si bien estas dos aristas buscan objetivos distintos, el ejemplo nos muestra que la distancia no es tan grande o que, por lo menos, no está allí donde se ha pretendido instalarla. No es en la crítica genérica de que la investigación aplicada es poco reflexiva y sin sustento teórico ni en la falta de compromiso de la investigación académica donde residen las diferencias y, desde luego, no creemos que sea en el encasillamiento de los investigadores donde habría que buscarlas, ya que en la mayoría de los casos estos pasan rápidamente de un lado al otro de la frontera dependiendo del momento en que se encuentren en la investigación; sus posturas no son completamente opuestas y dependen de los contextos o los momentos en la vida del investigador frente a los cuales asume posiciones, a veces más distanciadas y a veces más comprometidas (Fassin, 1998). Si bien este es fundamentalmente el caso de quienes trabajan en los dispositivos de intervención para el desarrollo, no deja de ser común a otros espacios, como por ejemplo, el antropólogo que estudia movimientos sociales y milita también en ellos y fortalece sus percepciones a partir de esta militancia, como lo muestran los estudios sobre los antropólogos comprometidos con el movimiento indígena en Colombia (Caviedes, 2002).

Finalmente, la etnografía es también un instrumento político que, aunque sea en el seno de una investigación académica, no puede hacer caso omiso de las relaciones sociales que están en la base de su conocimiento y de las estructuras que devela. El etnógrafo o antropólogo que está en la intervención ha de tomar partido y debe defender su investigación como una “intervención situada” más que una observación desinteresada (Gupta y Ferguson, 1997: 38). En este sentido, si los organismos gestores del desarrollo recurren cada vez más al antropólogo, ya sea para acompañar o para gestar sus proyectos de intervención, no se puede limitar el hecho de que él asuma una perspectiva crítica y reflexiva en torno al dispositivo que acompaña. Tampoco es posible evitar el hecho de que la antropología, y sobre todo en el caso colombiano, ha sido una antropología comprometida con el cambio social, con la acción y la política (Caviedes, 2004 y Jimeno, 2007).

Queremos utilizar estas últimas líneas de nuestra reflexión para invitar a los investigadores de las dos posturas a abrir el diálogo y la crítica entre ellos, con el fin de hacer visible un tema fundamental para el ejercicio de la antropología contemporánea.

### Referencias bibliográficas

- Borofsky, Robert (2004). Why a public Anthropology? [En línea:] [www.publicanthropology.org](http://www.publicanthropology.org). (Consultada el 20 de octubre 2011).
- Burawoy, Michael (2005). “Por una sociología pública”. En: *Política y Sociedad*. México. Vol. 42, N.º 1, pp. 197-225.
- Cataño, Gonzalo (1986). *La sociología en Colombia*. Plaza y Janés, Bogotá.

- Caviedes, Mauricio (2002). "Solidarios frente a colaborativos: antropología y movimiento indígena en el Cauca en las décadas de 1970 y 1980". En: *Revista Colombiana de Antropología*. Bogotá. Vol. 38, pp. 237-260.
- \_\_\_\_\_ (2004). "Antropología apócrifa y movimiento indígena: desde los 40 hasta el apoyo a los embera katio". Tesis de maestría. Universidad Nacional, Bogotá.
- Cefaï, Daniel (2010). *L'engagement ethnographique*. Editorial EHESS, París.
- Correa, François (2006). "Interpretaciones antropológicas sobre lo «indígena»" En: *Universitas Humanística*. Universidad Javeriana, Bogotá. N.º 62, julio-diciembre.
- Clifford, James y Marcus, George (1991). *Retóricas de la antropología*. Eds. Júcar Universidad, Madrid.
- Clifford, James (1995). *Dilemas de la cultura*. Gedisa. Barcelona, 1995.
- Edelman, Marc (2005). *Campesinos contra la globalización: movimientos sociales rurales en Costa Rica*. Ed. Universidad de Costa Rica, San José.
- Escobar, Arturo (1996). *La invención del tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Editorial Norma, Santafé de Bogotá.
- Fals Borda, Orlando (1988). *Knowledge and people's power*. Social Institute, Delhi.
- \_\_\_\_\_ (1998). *Participación popular: retos del futuro*. Icfes, Iepri, Colciencias, Bogotá.
- Fassin, Didier (1996). "L'anthropologie dans les stratégies de lutte contre le SIDA". En: Salomon y Toubon (eds.). *Sida, sociétés et populations*. Ed. John Libbey, París, pp. 246-257.
- \_\_\_\_\_ (1998). "L'anthropologie entre engagement et distanciation. Essai de sociologie des recherches en sciences sociales sur le sida en Afrique". En: Becker, Dozon et al. *Vivre et penser le SIDA en Afrique*. Ed Karthala y IRD. París, 712 pp.
- Faure, Guy; Le Coq, Jean François; Rodríguez J., Nadia (2007). "Les organisations de producteurs au Costa Rica". En: *Travaux et innovations*. Trame. N.º 143, décembre, pp. 29-34.
- \_\_\_\_\_ (2008). "Diversidad de las trayectorias y perspectivas de las organizaciones de pequeños productores en Costa Rica frente a la globalización". En: *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales —Flacso—. San José Costa Rica. Vol. 5, N.º 2, pp. 109-135.
- \_\_\_\_\_ (2011). "Conditions d'émergence et de viabilité des organisations de producteurs et des coopératives au Costa Rica". En: *Economie Rurale*, mayo-junio, pp. 55-70.
- Ferguson, James (1990). *The anti-politics Machine, "Development", Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Geertz, Clifford (2001). "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura". En: *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona, pp. 19-40.
- Giraldo, Paola (2005). "Adiós a la inocencia: crónica de una visita al estilo nacional de hacer antropología". En: *Antípoda* Ed. Universidad de los Andes, Bogotá, N.º 1, julio-diciembre, pp. 185-199.
- Gupta, A. y Ferguson, J (1997). "Discipline and practice: 'the field' as site, method and location in anthropology". En: A. Gupta & J. Ferguson (eds.). *Anthropological locations: boundaries and grounds of a field science*. University of California Press, Berkeley.
- Jimeno, Myriam (2007). "Naciocentrismo: tensiones y configuración de estilos en la antropología sociocultural colombiana". En: *Revista Colombiana de Antropología*. Bogotá, Vol. 43, enero-diciembre, pp. 9-32.

- Langebaek, Carl (2005). "De los Alpes a las selvas y montañas colombianas: El legado de Gerardo Reichel-Dolmatoff". En: *Antipoda*. Ed. Universidad de los Andes, Bogotá, N.º 1, julio-diciembre, pp. 139-171.
- Lammerink, M. y Wolffers, I. (1998). *Aproches participatives pour le développement durable*. Kartala-IPD, París.
- Lassiter, Luke Eric (2005). "Collaborative ethnography and public anthropology". En: *Current Anthropology*. Chicago, Vol. 46, N.º 1, pp. 83-97.
- Meister Albert (1977). *Participation pour le développement*. Ed Économie et Humanisme: Les Éditions Ouvrières, París.
- Mosse, David (2003). *The rule of water: Statecraft, Ecology and Collective Action in South India*. Oxford University Press, Nueva Delhi, 337 pp.
- \_\_\_\_\_ (2006). "Anti-social Anthropology? Objectivity, objection, and the ethnography of public policy and professional communities". En: *Journal of the Royal Anthropological Institute*. Vol. 12, N.º 4, pp. 935-956.
- Olivier de Sardan, Jean Pierre (1995). *Anthopologie et développement: Essai en socio-anthropologie du changement social*. APAD, Kartala.
- Ortner, Sherry (1994). "Theory in Anthropology since the Sixties", en *Comparative Studies in Society and History*. En *Culture/ power/History*. Princeton University Press, Princeton.
- Pineda Camacho, Roberto (1984) "La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano", En: Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann (eds.). *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*. Etno, Bogotá.
- Quilez, Pedro Quintín (2007). *La sociología en Colombia: balance y perspectivas*. IX Coloquio Nacional de Sociología, octubre de 2005, Cali.
- Rist, Gilbert (1996). *Le développement: Historire d'une croyance occidentale*. Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.
- Rappaport, Joanne (2007). "Más allá de la escritura: epistemología de la etnografía en colaboración". En: *Revista Colombiana de Antropología*. Bogotá, Vol. 43, enero-diciembre, pp. 197-229.
- Rodríguez, N. y Maître d'Hôtel, E. (2005). "Las organizaciones frente a la evolución de las políticas públicas en Costa Rica: una relectura histórica de las estrategias de las organizaciones de productores agrícolas de la región Huetar Norte". En: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica.
- Rodríguez, N. y Vargas, D. (2005). "Diversidad y estado actual de las organizaciones en Costa Rica: Una mirada institucional y desde la investigación". Ponencia publicada en la memoria del 1.º Congreso Nacional de Organizaciones de Pequeños y Medianos Productores Agrícolas. Ministerio de Agricultura y Ganadería, 23 al 25 de noviembre, pp. 15-25.
- Rodríguez, Nadia (2005). "Caracterización y diagnóstico de las organizaciones campesinas de la región Huetar Norte: una propuesta de fortalecimiento a través de la participación". En: Samper (comp.) *Trayectorias y disyuntivas del agro en la zona norte de Costa Rica*. CIRAD. IIS-UCR. San José, pp. 141-158.
- \_\_\_\_\_ (2006). "Les organisations paysannes, relations et participation au développement rural: le cas de la region Huetar Norte au Costa Rica". Tesis de doctorado. Instituto de Estudios del Desarrollo Económico y Social, IEDES. Universidad París I Sorbona.
- \_\_\_\_\_ (2012). *Relaciones y tensiones de las organizaciones campesinas frente al Estado en el caso del norte de Costa Rica hasta el 2005*. Aprobado para ser publicado en 2013. Coedición UNA Costa Rica y CIRAD Francia.

- Rosaldo, Renato. (1991). *Cultura y verdad*. Grijalvo, México.
- Stiglitz, Joseph (1998). "Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia un consenso post-Washington". En: *Desarrollo Económico*. Buenos Aires, Vol. 38 N.º 151, octubre-diciembre, pp. 691-722.
- Uribe, Carlos Alberto (2005). "Mimesis y *paideia* antropológica en Colombia". En: *Antípoda*. Universidad de los Andes, Bogotá. N.º 1, julio-diciembre, pp. 67-78.
- Uribe, María Victoria y Restrepo, Eduardo (2000). "Introducción", En: *Antropologías Transeúntes*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Vasco, Luis Guillermo (2007). "Así es mi método etnográfico". En: *Tabula Rasa*. Bogotá. N.º 6, enero-junio.